

LÁZARO CÁRDENAS Y LA LLEGADA DEL EXILIO ESPAÑOL A MÉXICO: VALORACIONES DEL GENERAL ANTOLÍN PIÑA SORIA

Carlos Sola Ayape*

Resumen

En el presente capítulo se presentan las valoraciones del general mexicano Antolín Piña Soria, hombre de confianza del presidente Lázaro Cárdenas, ante el arribo a México del exilio republicano español en 1939, tras la finalización de la Guerra Civil. Aquella coyuntura histórica tan especial se presentaba propicia para hacer propaganda política del régimen cardenista, especialmente, dirigida a aquellos “inmigrantes” españoles, al movimiento obrero mexicano y a los sectores conservadores del país, que despectivamente serán tildados de reaccionarios.

Palabras clave

General Antolín Piña Soria, Lázaro Cárdenas, movimiento obrero, exilio español, conservadurismo mexicano.

México y Lázaro Cárdenas han pasado en las páginas de la Historia a ocupar un lugar inmortal como ejemplo de democracia y de solidaridad humana.

GENERAL ANTOLÍN PIÑA SORIA, 1939.

EL GENERAL REVOLUCIONARIO ANTOLÍN PIÑA SORIA: A MODO DE INTROITO

En agosto de 1939 y en el marco de la llegada del exilio español a México, el general mexicano Antolín Piña Soria publicó un “folleto” intitulado *El presidente Cárdenas y la inmigración de españoles*

* Doctor en Historia por la Universidad Pública de Navarra, profesor e investigador en la Escuela de Humanidades y Educación del Tecnológico de Monterrey (campus Ciudad de México) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Especialista, entre otros temas, en las relaciones entre México y España durante el siglo XX, el exilio español y el franquismo.

republicanos. La obra, que desde su misma propuesta advertía las intenciones del contenido, fue escrita en la ciudad costeña de Veracruz, puerto y puerta de entrada por excelencia de aquellos republicanos que, tras la derrota en la guerra y escapando de la represión franquista, tuvieron que abandonar España hasta encontrar refugio, entre otros destinos, en el país gobernado por el general michoacano Lázaro Cárdenas. De entrada, y en materia de autoría, estamos en presencia de un testigo y conocedor no sólo del arribo masivo de grandes contingentes de “inmigrados”, sino también de las razones visibles u ocultas de la presencia del exilio español en México. Como se verá más adelante hubo algo más que altruismo y solidaridad.

Para ese entonces, el general Piña Soria venía caracterizándose por su buen manejo de la pluma al publicar títulos como *Cárdenas: apuntes para una semblanza espiritual* (1934), *Cárdenas: socialista* (1935), *Ironías: cuentos* (1937) y *Rutas: una gira del Presidente Cárdenas* (1939). Asimismo, y por su simpatía con los postulados ideológicos del socialismo, en 1937 llegó a dedicar una monografía al líder y fundador del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y también de la Unión General de Trabajadores (UGT), bajo el tenor “Pablo Iglesias Posse, el hombre: fundador del socialismo español”. Por eso, y tras el conocimiento de su obra, así como de su particular estilo literario, no nos resulta nada extraño que, en mayo de 1934, su buen amigo Ignacio García Téllez dijera de él que era un hombre con el don de una “pluma férvida”.¹

A tenor de lo visto y de su repertorio bibliográfico se desprende una primera conclusión: el general Piña Soria fue un gran conocedor y admirador de la trayectoria biográfica del presidente Cárdenas como figura política, de los valores que encarnaba y de su vasta obra ejecutiva, primero como gobernador del estado de Michoacán (1928-1932) y después como presidente de la República (1934-1940). En el libro *Cárdenas: socialista*, Piña no tuvo reparo en decir que el pensamiento de Cárdenas abrazaba “de una sola vez una gigantesca visión de acción revolucionaria”.² Por eso, como apuntan Silvia González y Luis Anaya, durante aquel sexenio presidencial tan importante en

¹ En el prólogo a Antolín Piña Soria, *Cárdenas: apuntes para una semblanza espiritual*, México, Cal y Mayor, 1934, p. 5.

² Antolín Piña Soria, *Cárdenas: socialista*, México, Secretaría de Educación Pública (SEP), 1935, p. 11.

el devenir constitutivo del México moderno, este soldado del ejército mexicano con alta graduación fue un “cercano colaborador” de Cárdenas, junto con otros importantes líderes sociales del momento como Alejandro Carrillo Marcor, Manuel Villaseñor, el sindicalista Vicente Lombardo Toledano o el mencionado Ignacio García Téllez, quien acabaría siendo primero su secretario de Educación Pública y después de Gobernación.³

La familia Piña Soria estuvo muy intrincada en los destinos de aquel México revolucionario. Rodolfo Piña fue un dirigente obrero-socialista, precursor del movimiento sindical mexicano y uno de los creadores de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la potente central sindical obrera fundada el 24 de febrero de 1936. En julio de ese año, acudió a Ámsterdam para participar en un congreso de la Federación Sindical Internacional, conformado principalmente por sindicatos europeos de orientación socialista. A su vez, Antolín y Rodolfo fueron hermanos del “ameritado revolucionario” Santiago Piña, general brigadier del Ejército mexicano.⁴ Por tanto, y sólo por esta cercanía personal al presidente Cárdenas, las publicaciones de Antolín Piña Soria deben ser leídas y analizadas con especial atención, aunque el presente capítulo nos obliga a atender el contenido e intencionalidad de su mensaje, así como a identificar a los cuatro destinatarios del referido folleto.

En este sentido —y dadas las especiales circunstancias políticas que rodearon la llegada de los refugiados españoles, con un México socialmente polarizado y marcado por las fuertes críticas provenientes de los sectores más conservadores del país—, era pertinente “contribuir con la verdad al afianzamiento en la conciencia del proletariado nacional”, principalmente, como tributo a la “solidaridad” brindada al gobierno de Cárdenas por “su ejemplar actitud ante el mundo de

³ Silvia González Marín, *Prensa y poder político. La elección presidencial de 1940 en la prensa mexicana*, México, UNAM/Siglo XXI, 2006, p. 168; Luis Anaya Merchant, “El cardenismo en la revolución mexicana; conflicto y competencia en una historiografía viva”, en *Historia Mexicana*, vol. LX, núm. 2, México, El Colegio de México, A. C., octubre-diciembre, 2010, p. 1301.

⁴ Sobre Rodolfo y Santiago Piña Soria, véanse respectivamente Juan López de Escalera, *Diccionario biográfico y de historia de México*, tomo III, México, Editorial Magisterio, 1964 y *El Nacional*, 29 de marzo de 1952, p. 1.

abrir las puertas de nuestra Patria y los corazones de nuestro pueblo a los elementos defensores de la República Española”.⁵

Por su significación, nótese que, de entrada, el primer destinatario de su publicación no era otro que la clase obrera mexicana, sin duda alguna, uno de los principales baluartes con el que se afianzó el cardenismo, fruto del cariz corporativista que venía adquiriendo el régimen presidencialista mexicano ya desde la presidencia de Plutarco Elías Calles. Cárdenas abogó por la unidad obrera como estrategia esencial para el desarrollo del país, entre otros propósitos, para “evitar que sus enemigos de clase los combatan en la forma que ahora pueden hacerlo”.⁶ Cuando era gobernador del estado de Michoacán, reclamó la actitud dinámica y consciente del Estado mexicano respecto al proletariado, “proveyendo lo necesario para el justo encauzamiento de las masas proletarias, señalando trayectorias para que el desarrollo de la lucha de clases sea firme y progresista”.⁷ Por eso, y en materia de motivaciones, el contenido del folleto del general Piña tuvo mucho de “encauzamiento” de esas masas proletarias en un intento de señalar las “trayectorias” que debían seguir no sólo ante la presencia de los refugiados españoles, sino ante los verdaderos enemigos de la Revolución. En suma, de la doctrina había que pasar al adoctrinamiento.⁸

Por la significación que en México se le dio, huelga decir que el exilio fue un proyecto político del cardenismo y de los sectores revolucionarios del país. No hay que olvidar que, con motivo de la llegada del vapor “Siania” al puerto de Veracruz el 13 de junio de 1939, el

⁵ Asimismo, y en la parte final del manuscrito, el autor volvió a reforzar esta idea apuntando que aquélla era “la verdad para mis compañeros, los trabajadores de mi país”. A. Piña, *El presidente Cárdenas y la inmigración de españoles republicanos*, México, Multígrafos SCOP, 1939, pp. 4 y 79.

⁶ De su discurso en Monterrey del 9 de febrero de 1936. Véase Lázaro Cárdenas, *Ideario político*, México, Ediciones Era, 1972, p. 186.

⁷ Esta tesis la defendió el 15 de septiembre de 1932, con motivo de la lectura de su último Informe de Gobierno como gobernador de Michoacán, en *ibid.*, p. 183.

⁸ Al respecto, ya tuvimos la ocasión de analizar la múltiple significación que supuso la presencia del exilio español en el México cardenista en Carlos Sola Ayape, “Nación, nacionalismo y exaltación nacional en el México cardenista: la llegada de los exiliados españoles”, en Alejandro Pinet y Franco Savarino [coords.], *Movimientos sociales, Estado y religión en América Latina: siglos XIX y XX*, México, Conaculta-INAH-ENAH, 2009, pp. 177-200; “Nacionalismo y movilización obrera en el México cardenista ante la llegada del exilio español”, en Agustín Sánchez Andrés y Juan Carlos Pereira Castañares [coords.], *España y México. Doscientos años de relaciones, 1810-2010*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2010, pp. 373-408.

periódico *El Nacional*, en su condición de diario oficial del régimen, puso especial acento en la “apoteótica” recepción que “el proletariado de México, por conducto de los trabajadores veracruzanos, prodigó a los 1 600 refugiados iberos que arribaron hoy a tierras mexicanas”. En la minuciosa cobertura del magno evento, se decía que el “acto de recepción fue magnífico” y que 20 000 obreros, “pletóricos de un gran entusiasmo”, habían formado “una masa humana compacta que se agitaba frente a los muelles, alzando los brazos y lanzando vítores a los refugiados”.⁹

En tierra, los recién llegados tuvieron que escuchar, entre otros oradores, a Vicente Lombardo Toledano que, en su calidad de secretario general de la CTM, recordó que “la sola existencia del traidor Francisco Franco es un baldón no sólo para la causa de la clase obrera en el mundo entero, sino también para los principios más elementales de la vida de los pueblos libres de la tierra”.¹⁰ Como decimos, el fenómeno del exilio republicano español quedó atrapado en el discurso oficial mexicano, en ese entonces muy determinado por la prosapia verbal del obrerismo. La causa del exilio español fue fin y medio para alcanzar otras metas.

LOS REFUGIADOS ESPAÑOLES Y SU PRESENCIA EN MÉXICO

El fenómeno de la llegada de los exiliados españoles a tierras mexicanas fue utilizado por la propaganda política del régimen cardenista también para reforzar la identidad obrera en el país. El obrero, vertebrado en un doble sindicalismo urbano y rural, fue llamado a convertirse en una de las piezas estratégicas en el andamiaje del cardenismo. Por consiguiente, el movimiento obrero —cuidadosamente manejado *desde arriba*— debía ser aleccionado constantemente para que fuera consciente de su misión histórica en la construcción del proyecto político del momento, en su condición de valedor y hasta guardián de la causa revolucionaria contra los enemigos internos y externos, más aún en un contexto ideológico internacional marcado por la

⁹ *El Nacional*, 14 de junio de 1939, p. 1.

¹⁰ José Antonio Matesanz [comp.], *México y la República Española. Antología de documentos, 1931-1977*, México, Centro Republicano Español de México, 1978, p. 60.

acechante amenaza del totalitarismo nazi-fascista.¹¹ El propio Piña Soria llegó a reconocer que el presidente Cárdenas había pedido “a los millones de campesinos y de obreros mexicanos una sola acción”,¹² para después consagrarse en el gran artífice de la solidificación del sindicato “una de las conquistas de la Revolución”.¹³

En consecuencia, desde las altas estructuras del Estado mexicano, era preciso contribuir con todos los medios a propagar la verdad oficial del cardenismo respecto a la presencia del exilio español en México. Trabajar la “conciencia del proletariado nacional” era fundamental no sólo para fortalecer una toma de consciencia de su rol como defensor del proyecto revolucionario, sino para identificar desde un reduccionismo maniqueo y dogmático a los partidarios y destructores de la Revolución. Como se verá al final de estas páginas, para el general Piña Soria la actitud de Cárdenas frente a la tragedia del exilio español fue ejemplar ante el mundo, por el hecho de cumplir con sus “deberes de solidaridad clasista y humana”.

Por eso, no fue casual que, desde las primeras páginas de su folleto, se diera a la tarea de explicar y hasta de justificar las razones que habían llevado al gobierno mexicano a dar acogida a aquellos refugiados iberos.¹⁴ Más allá de la acción presidencial, no tuvo dudas al señalar que “los corazones de nuestro pueblo” se habían abierto a “los elementos defensores de la República Española”, por el hecho de que ellos habían representado “en el momento histórico actual la defensa por la libertad en el mundo contra el totalitarismo opresor”.¹⁵

¹¹ Al respecto, recordemos la gran movilización obrera que se produjo en la Ciudad de México con motivo de la celebración del 1 de mayo de 1938, tan sólo unas semanas después de la célebre nacionalización del petróleo (18 de marzo). Ese día, ante Palacio Nacional, desfilaron “columnas militarizas” de obreros, verdaderos “batallones de trabajo”, para demostrar la incondicional lealtad de los trabajadores a la figura presidencial de Lázaro Cárdenas y a su proyecto político. *El Nacional*, 1 de mayo de 1938, p. 1.

¹² A. Piña, *Cárdenas: socialista, op. cit.*

¹³ *Ibid.*, p. 19.

¹⁴ Además de la recepción de una parte del exilio, es muy importante destacar la prolija y perseverante actividad diplomática que México dispensó a la causa del republicanismo español, durante y después de la Guerra Civil, en foros internacionales como la Liga de las Naciones o la Organización de las Naciones Unidas. Al respecto, véase Carlos Sola [coord.], *Los diplomáticos mexicanos y la Segunda República (1931-1975)*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2016, 553 pp.

¹⁵ A. Piña, *El presidente Cárdenas...*, *op. cit.*, p. 4. La idea de presentar a los republicanos españoles como los primeros en hacer frente en los campos de batalla al totalitarismo imperialista, como postura para justificar el apoyo brindado por México, acabó siendo una de las tesis preferenciales del alegato diplomático mexicano. Recuérdese para la ocasión aquel célebre

Sin embargo, y más allá de gestos solidarios, Piña Soria no tenía dudas de que la emigración española se había convertido en un “hecho que será glorioso en los anales de nuestra historia” y además habría de ser especialmente benéfica para México, por más de que la reacción —“torpe y cobardemente, impotente y vencida definitivamente”— quisiera “hacer un arma contra el Presidente Lázaro Cárdenas”.¹⁶ El apunte no era gratuito ya que la presencia de los refugiados españoles en México —“a quienes el Gobierno socialista del presidente Cárdenas ha brindado amplia y afectuosa hospitalidad”— había dado lugar a todo tipo de críticas por parte de los detractores de las políticas cardenistas.¹⁷

Un ejemplo claro de los más acérrimos detractores de Cárdenas y del cardenismo fue el escritor, periodista y académico guanajuatense Jesús Guisa y Azevedo. El 1 de abril de 1939, precisamente el día, mes y año en que Franco anunció la victoria del bando “nacional” sobre el republicano, escribió estas palabras sobre la posición activista del gobierno mexicano en Guerra Civil de 1936:

México fue partidario de los rojos. No el México natural, sino el legal. Hace un mes, hace unas semanas todavía nuestros políticos creían en el triunfo del socialismo y de la democracia. ¿Por qué esa ceguera? Porque el régimen de México se justificaba a sí mismo justificando a los demagogos,

discurso de Luis Quintanilla, delegado mexicano en la Conferencia de San Francisco, en el que recordó aquel 19 de junio de 1945 que “España fue una de las primeras víctimas del fascismo internacional y los cientos de miles de héroes que lucharon y murieron allí por la causa de la democracia fueron en realidad los primeros aliados combatientes de las Naciones Unidas”. Y, por su trascendencia, así lo resaltaría también otro grande de la diplomacia mexicana como García Robles, cuando señaló que en San Francisco, y haciendo “sus deberes” de defender la causa republicana española, México había ocupado “uno de los primeros lugares de las llamadas pequeñas naciones”. Alfonso García Robles, *La Conferencia de San Francisco y su obra*, México, Segundo Congreso Mexicano de Ciencias Sociales, 1946, pp. 11, 16 y 18.

¹⁶ A. Piña, *ibid.*, p. 79.

¹⁷ Esta defensa del general Piña Soria sobre la importancia y gran valor estratégico que aquella emigración española ofrecía a México, recuerda muy especialmente a la que hizo, unos años después, el diplomático mexicano Mauricio Fresco, testigo presencial del complejo proceso de evacuación de aquellos refugiados. He aquí sus palabras: “México, ayudando a los luchadores de la República Española, fue fiel a sus ideales, consecuente con su historia. Defender la causa de la República era defender la suya propia. Era volver a alzar la bandera de las reivindicaciones sociales; proclamar la igualdad de los hombres, la abolición de los privilegios, la libertad de expresión, el disfrute de los bienes de la tierra por todas las clases sociales. Fue, pues, el pueblo de México el que recibió a la emigración española más valiosa de cuantas ha tenido hasta la fecha este país”. Mauricio Fresco, *La emigración republicana española. Una victoria para México*, México, Editores Asociados, 1950, p. 33.

a los pillos, a los asesinos rojos. [...] Las mentiras de éstos, su hipocresía, su insolencia, su “legalidad” y su “ideología” eran las mismas que el México legal. Bassols viene a traer cantidades de rojos españoles. Si el México oficial y legal los justificó y defendió, lo natural es que ahora los acoja. La dificultad es que al lado del México legal existe el México real y natural, que vomita por igual a Bassols y a sus rojos.¹⁸

En este sentido, para el general Piña Soria la reacción pretendía “hacer odioso por los imaginarios peligros que se le atribuyen a este grupo de inmigrantes” —muchos de ellos vinculados con adjetivaciones tan reduccionistas e injustificadas, como asesinos, comunistas, rojos o ateos— y que, sin embargo, eran merecedores “del más alto respeto y de la más cariñosa acogida por parte del pueblo mexicano”, por su perfecta identidad “en su propio pueblo que, como ellos, ha luchado también, y sigue firme en la brecha defendiendo sus conquistas de liberación, por cuna, hoy garantizadas y solidificadas por Lázaro Cárdenas, el socialista”.¹⁹ Así, hay que significar que, haciendo un paralelismo histórico, los principales actores del México revolucionario interpretaron el advenimiento de la Segunda República Española (14 de abril de 1931) como la consumación de los dos grandes proyectos políticos del México soberano: la Independencia de 1821 y la Revolución de 1910.²⁰

LA REACCIÓN, LA GRAN ENEMIGA DEL EXILIO Y DE LA REVOLUCIÓN

El general quiso señalar con el dedo a los “enemigos del régimen actual” que pretendían hacer de la llegada del exilio español a México “un arma política” y que además esgrimían “con todo dolo e insidia, pretendiendo minar la estabilidad del propio Gobierno”.²¹ He aquí, por consiguiente, el otro destinatario de su folleto, el mismo al que de

¹⁸ Jesús Guisa y Azevedo, *Hispanidad y Germanismo*, México, Editorial Polis, 1946, p. 234.

¹⁹ A. Piña, *El presidente Cárdenas...*, *op. cit.*, pp. 3 y 4.

²⁰ C. Sola, “México y la revisión histórica de sus dos revoluciones ante la llegada del exilio republicano español”, en Mari Carmen Serra Puche, José Francisco Mejía Flores y Carlos Sola Ayape [eds.], *De la posrevolución mexicana al exilio republicano español*, Madrid, FCE, 2011, pp. 115-142.

²¹ A. Piña, *El presidente Cárdenas...*, *op. cit.*, p. 3.

forma genérica etiquetó con el nombre de “reacción”. Desde una lógica dialéctica, el mensaje era para unos, pero también para el resto.²²

El autor de esta publicación estaba convencido del “rotundo fracaso” de la reacción, ya que el pueblo mexicano “por intuición y por análisis” sentía y los acogía “como sus hermanos de clase” y, puesto que llegaban para “fundir su vitalidad a la de nuestra Patria”, les otorgaba “su simpatía por los incruentos sacrificios que ellos aportaron en beneficio de la causa de la democracia, de la que México es un baluarte y Lázaro Cárdenas un brillante paladín mundial”.²³

Entregado al ejercicio de la caracterización, tanto de la reacción como del régimen “democrático” liderado por el general michoacano, Piña Soria puntualizó que “los enemigos de la administración del General Cárdenas”, en su entender, no eran otros que “los clásicos explotadores del esfuerzo humano de nuestros trabajadores, así como de nuestras riquezas naturales”. Además, estos se oponían al “desenvolvimiento y cimentación definitiva” del “amplio programa de liberación social” del gobierno cardenista. Ante la llegada de los refugiados españoles esta “casta privilegiada” volvía a exhibir “una vez más su bajeza y cobardía desarrollando una campaña [...], en forma de infiltraciones insidiosas en la conciencia nacional, pretendiendo exaltar el sentimiento nacionalista de nuestro pueblo”.²⁴

La última intención de la reacción no era otra que la de hacer creer al pueblo mexicano que la presencia de los exiliados españoles – “defensores de las libertades humanas que se han visto obligados a acogerse a la hospitalidad mexicana”– constituía “una nueva conquista de México en 1939 por elementos españoles” y “el resurgimiento en nuestro medio social del odioso encomendero y de los crueles explotadores de minas que tantos males hicieron a nuestro país durante la Conquista y la Colonia”. La reacción pretendía despertar en el proletariado mexicano “su sentimiento instintivo de defensa, haciendo aparecer a los refugiados españoles como elementos que vienen a

²² Sobre el modo de pensar de los partidarios de esta reacción, véase C. Sola, “El escritor Alfonso Junco o el perfil ideológico de un franquista mexicano”, en *En-claves del pensamiento*, núm. 15, año VIII, enero-junio, 2014, pp. 171-193.

²³ A. Piña, *El presidente Cárdenas...*, *op. cit.*, p. 4. Nótese la argucia conceptual del autor, ya que en esta ocasión no se refería a los trabajadores de México, aquellos que venían dando su acogida al exilio español, sino al pueblo mexicano en general, sin distinciones de ninguna clase. Así, los artífices de la reacción eran detractores de las políticas gubernamentales y enemigos directos del pueblo mexicano.

²⁴ *Ibid.*, p. 3.

arrebatarles sus medios de trabajo, desplazándolos de sus ocupaciones actuales” y “sumiendo en la miseria a sus familias”.²⁵

Siguiendo con su particular retrato, el general Piña Soria añadió en su folleto que, en su condición de enemigos “que no se atreven a dar la cara”, la reacción hacía “correr también la versión de que los inmigrados españoles no son más que brigadas de choque organizadas y enviadas a nuestro país por el comunismo ruso, con el objeto de implantar en forma inmediata las teorías de este régimen”.²⁶ Para Piña Soria aquélla era una “pérfida labor de los enemigos” que no se presentaba “franca para poderla rebatir” y, por tanto, recurría “al medio artero de lanzar en nuestro ambiente, en forma subrepticia y solapada, afirmaciones dolosas y calumniosas”.²⁷

Semejante campaña de la reacción en contra de la decisión de Cárdenas de recibir al exilio español obligaba, según Piña Soria, a los revolucionarios —“solidarizados con la labor libertaria de Cárdenas”—, a salir no en defensa de “este ejemplar mandatario de nuestra Patria y de su Gobierno, porque no lo necesita”, sino de la tranquilidad de “los espíritus y de nuestros trabajadores, desbaratando las calumniosas mentiras a que acuden los secuaces del fachismo espoliador en su desesperación por ver si logran, inútil empeño, detener la marcha victoriosa de nuestra Revolución”.²⁸

LÁZARO CÁRDENAS: LA VISIÓN PANEGÍRICA DE PIÑA SORIA

El tercer destinatario de su mensaje era el presidente de la República. Piña Soria lo describía como “revolucionario integral, ciudadano armado, soldado de un ideal de emancipación proletaria, con un perfecto sentido de responsabilidad social. Ejemplo vivo de valor, pundonor, energía, lealtad, capacidad y honradez. Tipo perfecto del nuevo militar, antítesis del pretoriano de otros tiempos”,²⁹ y, además, como “valiente y justo, bueno y noble, demócrata, obrerista, antiimperialista,

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, pp. 3 y 4.

²⁷ *Ibid.*, p. 4.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ A. Piña, *Cárdenas: apuntes...*, *op. cit.*, p. 41.

agrarista, educador y estadista”.³⁰ Huelga decir que, desde una dimensión panegírica, el ejercicio de mitificación era considerable.

En su folleto sobre esta inmigración española, el general consideró que Lázaro Cárdenas era el “mejor gobernante” que había tenido México, entre otros motivos, por encarnar “sin ninguna discrepancia” la tradición democrática mexicana. El espíritu de Cárdenas se había formado “en los crisoles de la Revolución” y, por su deber como gobernante “emanado de ese propio movimiento”, se había convertido “en el defensor más vigoroso [...], en el defensor más denodado, más resuelto y más valiente de la causa de la democracia no sólo en nuestro país, sino en el mundo entero”.³¹ No fue casual que Piña Soria considerase que a Cárdenas le habían “proclamado, propios y extraños, paladín de la libertad”.³²

Con estos gestos tan “gallardos”, Piña Soria estaba convencido de que la historia del mundo acabaría haciéndolo “inmortal”, por sus “actitudes viriles”, protestando “en nombre de un pueblo enamorado de la libertad, como es el suyo, por los brutales atentados cometidos por el imperialismo y por su instrumento, el fachismo, contra los pueblos débiles conculcándoles su libertad y arrebatándoles sus propias patrias”.³³

Y hablando de fachismo, libertad y patrias, el general recordó la “actitud inmortal de solidaridad ideológica y humana” del presidente Cárdenas “con el glorioso pueblo español, que defendía en su causa, dentro de su territorio invadido por las mesnadas del fachismo italiano y alemán, la causa de la libertad en el mundo”.³⁴ Ante la conculcación del principio de no intervención —uno de los rectores de la ginebrina Liga de las Naciones—, Cárdenas, “consecuente con su ideal y con su deber”, reclamó ante el mundo la solidaridad internacional “saliendo en defensa, como un nuevo Quijote, de las mujeres y los niños cobardemente asesinados en las retaguardias por los *raids* aéreos de los invasores de España: italianos y alemanes”.³⁵

Sin embargo, el guion estaba escrito desde el momento en que la superioridad material de auxilio de los invasores extranjeros dio “el

³⁰ *Ibid.*, pp. 53, 63, 67, 75, 79, 83, 87 y 91.

³¹ A. Piña, *El presidente Cárdenas...*, *op. cit.*, pp. 6-8.

³² *Ibid.*, p. 79.

³³ *Ibid.*, pp. 6-8.

³⁴ *Ibid.*, p. 7.

³⁵ *Ibid.*

triumfo a Franco, y los defensores de la causa de la República y de la democracia fueron derrotados, pero no vencidos”. Fue aquella derrota la que obligó “a miles de españoles, hombres, mujeres y niños que aman la causa de la república” a marcharse al exilio, “salvándose así de las brutales e inenarrables represiones del régimen facha de Franco sostenido por soldados extranjeros”.³⁶

En tales circunstancias, resurgió Lázaro Cárdenas —el “inmortal”, según adjetivación de Piña— que “haciendo honor a su convicción y a su deber” abrió las puertas “de la Patria para acoger a los derrotados, a los que el régimen facha había convertido en hombres sin patria, para ofrecerles en la nuestra la que habían perdido defendiendo la causa de la libertad”. Y en estas condiciones, México recibió

a la inmigración de los gloriosos soldados de la República derrotados por el facha internacional, pero no vencidos, ya que el ideal por el que han luchado no será sojuzgado nunca, y México y Lázaro Cárdenas han pasado en las páginas de la Historia a ocupar un lugar inmortal como ejemplo de democracia y de solidaridad humana.³⁷

Ponemos punto final a estas páginas no sin antes señalar que el folleto del general Piña Soria también iba dirigido, de manera tácita, a aquellos refugiados españoles que debían ser conscientes del México que les acogía y, por encima de todo, de la necesidad de ponerse al servicio de la construcción del proyecto revolucionario dirigido siempre bajo la batuta del presidente de la República, sobre el papel, una encarnación suprema de los ideales de la Revolución.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*